

# Banda aparte. Formas de ver

## (Ediciones de la Mirada)

Título:

Por un puñado de dólares (Per un pugno di dollari, Sergio Leone, 1964), la tesis del hierro candente y el atronador aleteo de las moscas

Autor/es:

Montes, Miguel Ángel

Citar como:

Montes, MÁ. (1999). Por un puñado de dólares (Per un pugno di dollari, Sergio Leone, 1964), la tesis del hierro candente y el atronador aleteo de las moscas. Banda aparte. (13):83-83.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42320>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# POR UN PUÑADO DE DÓLARES (PER UN PUGNO DI DOLLARI, SERGIO LEONE, 1964) LA TESIS DEL HIERRO CANDENTE Y EL ATRONADOR ALETEO DE LAS MOSCAS

MIGUEL ÁNGEL MONTES

Joseph McBride: *La mayoría de los "westerns" recientes han tratado de demoler la mitología del oeste. ¿Qué opina de eso?*  
Howard Hawks: *¿Quiere decir que hoy día aún queda gente que recuerda cómo era aquello?*

En un medio en el que la diferencia entre vivir y morir no es mayor que el tiempo de un parpadeo, la medida de un hombre es su capacidad de supervivencia. Pero confundir la supervivencia propia con la explotación de los otros es abonar el yermo de la parca. Y siempre se encuentra quien coseche. Tal vez un forastero que se acerca cabalgando al trote corto por los pedregales de Almería...

Primer trabajo personal de un romano obeso que no hablaba inglés, inspirado en un filme japonés (*Yojimbo*, Akira Kurosawa, 1960), decantado hacia el cine negro, alabado por Howard Hawks y considerado por John Ford, *Por un puñado de dólares* (*Per un pugno di dollari*, 1964) es la declaración de amor de un apasionado del *western*, individualista y poco amigo de contemporizar con el poder. Como todos los enamorados, Sergio Leone exagera los rasgos que más le impresionan en el objeto de su amor. La suya es, por ende, una visión estilizada, no naturalista, guiada más por la fascinación que por el mimetismo, y esa es la razón de que no destruyera la mítica del *western*, sino que viniera en su auxilio. El personaje de Clint Eastwood es el rigor de lo que un solitario héroe del Oeste debe ser o, mejor, de lo que no debe tener: sin conflicto psicológico, sin vínculos, sin pasado, sin nombre. Se define sólo por y en la acción. Parco en gestos y palabras, jamás verbaliza sus emociones ni racionaliza los móviles de su actuación, harto elocuente por sí sola. Un sombrero inclinado estratégicamente enmascara su pensamiento, un poncho su fuerza y una colilla en la comisura su habla. Es hermano de sangre (fría) de otro personaje anónimo, el agente de la Continental de Dashiell Hammett y *Cosecha roja* (*Red Harvest*, 1927), y suscribe su máxima del hierro candente que, arrojado en pleno engranaje de intrigas y rivalidades, colapsa la maquinaria del poder. Un pequeño y turbulento pueblo fronterizo y los intereses encontrados de dos clanes son el marco y la materia prima a los que el hombre sin nombre aplica la fórmula.

En el modelo social reducido que es el poblado, la detención del poder significa lo mismo que en todas partes: admi-

nistración de muerte. Caciques y sicarios, administradores y administrados, son las dos caras complementarias de un solo orden, los medios de un fin. Fin en sí mismo en medio de ese equilibrio del terror, el hombre sin nombre sólo puede actuar como desestabilizador, la única conciencia crítica en activo en muchas millas a la redonda. La consecuencia es el aniquilamiento de toda forma visible de autoridad. Aunque, respetuoso de los fueros locales, el forastero permite que sean los lugareños quienes hagan la mayor parte del trabajo. Lo que nos lleva a la famosa violencia de los filmes de Leone, su elevado índice de mortandad y sadismo, el "baño de sangre" y todo eso.

En realidad, sangre se ve poca, las muertes son rápidas, expeditivas, "limpias" y no especialmente interesantes. Lo interesante es lo que las precede, la estimulación de los sentidos obtenida por la exasperación concienzuda del tiempo (ese ritmo característico, lento, parsimonioso) y por la distorsión del espacio visual (nadie recurre tanto a los primeros y primerísimos planos). La atención se concentra hasta tal punto que uno diría que se puede escuchar cómo crece la hierba o el vuelo de una mosca. Lo que hay entre las miradas (las actitudes de los hombres ante la muerte, preocupación mayor en la filmografía de Leone) cobra tal materialidad que se podría cortar. La violencia, las muertes en sí, apenas son el percutor que hace explotar toda la tensión acumulada, por eso quedan tan vivamente impresionadas en el ánimo del espectador. Y, si todavía hay quien piensa en Sergio Leone como un bruto sanguinario, lean la estampa bucólica que pintaba alguien que sí recordaba cómo era aquello.

*"Cuando los vaqueros se peleaban no usaban los puños. Agarraban a su oponente y lo arrastraban hasta que el tipo perdía el conocimiento. Llevaban espuelas en las botas, y algunas veces laceraban la cara de su víctima con ellas, o le arrancaban una oreja y se la llevaban a casa como trofeo. En el rancho donde viví siendo un muchacho había por lo menos veinte orejas, que se habían ennegrecido con el paso del tiempo, clavadas en la pared"* (Raoul Walsh).